

LA PRINCESA Y EL CUÉLEBRE

LEYENDA DE AUTOR ANÓNIMO. VERSIÓN DE PATRICIA ROGGIO

Cuentan que un poderoso señor vivía en un castillo con sus dos hijas. La mayor estaba comprometida y pronto iba a casarse con un conde. En cambio, la otra no aceptaba ningún pretendiente porque, en realidad, amaba a un joven sin título de nobleza y sin fortuna, con quien se había comprometido en secreto.

Cuando el padre supo que su hija y su humilde pretendiente se encontraban escondidas, se opuso rotundamente a esa relación y encerró a su hija en una torre del castillo. Pero como se amaban tanto, los enamorados encontraron la forma de seguir viéndose: ella se asomaba a una ventana de la torre y él, desde abajo, le prometía que seguiría amándola por siempre.

Pero el padre también se enteró de esos encuentros y, enfurecido, envió al joven a la guerra. En cuanto a su hija, en castigo por haberlo desobedecido, esta vez la encerró en una cueva secreta, custodiada por un cuélebre: un dragón enorme parecido a una culebra cubierta de escamas durísimas que le servían de coraza. Por eso, solo tenía un lugar vulnerable: el cuello. Sus alas eran parecidas a las de los murciélagos y una hilera de pinchos le recorría el lomo desde la cabeza hasta la cola. El cuélebre lanzaba fuego por la boca y un silbido estridente que aterrorizaba a todo el que lo oía.

Mientras tanto, el joven enamorado ganó honores y fortuna en la guerra, y volvió victorioso. Pero cuando se presentó en el castillo para pedir la mano de su prometida, supo lo que había pasado y salió a buscarla.



Recorrió montes y montañas, en vano. Hasta que, desesperado, oyó a un pastor cantar:

Muchacha que estás encerrada
en la cueva del dragón,
yo voy a dejarte libre
y a darte mi corazón.

El joven le preguntó qué sabía de su amada. El pastor le reveló lo que se decía en el pueblo: dónde estaba la cueva del cuélebre y que solo podría rescatarla un caballero valiente que, la mañana de San Juan, fuera a la cueva armado de una lanza.

El día de San Juan, el joven enamorado esperó frente a la cueva, tal como el pastor le había dicho. Cuando salió el cuélebre, no le dio tiempo a silbar ni a lanzar su aliento abrasador, y le atravesó el cuello con su lanza.

El temible guardián murió, la muchacha fue liberada y los enamorados se casaron y vivieron felices para siempre.

- FIN -

